

LA MIRADA DE UN VIAJERO

DIONISIA GARCÍA

Una llamada de Antonio Labaña, su apellido, me llevó a retroceder en los años, a iluminar una etapa de vida, de juventud, donde el antecesor del poeta nos daba las buenas y malas noticias, siempre con algo de misterio y cierta complicidad. Fueron años gozosos y ocupados en nuestra preparación académica. Entonces, los naranjos llegaban a la ciudad, y ésta olía a tierra fértil. Las evocaciones, junto a su grata manera de llegar, me llevaron a acoger al poeta Labaña.

La poesía de Antonio Labaña ha sido para mí un grato descubrimiento. Digamos que ya en su primer libro, *El guerrero vencido* (publicado en el año 2003) ¹, no nos encontramos con un poeta tembloroso, sino afirmado en un modo de hacer singular, por el que camina con buena fortuna. El lector se siente atraído desde el primer momento por un lenguaje vivo, por la verdad de una intención que nos socorre y hace mejores, y así lo desea el autor en unos versos de su primer libro:

*Quiero que crezcas
en el gozo,
en la sonrisa,
en el corazón de tus ojos.*

Poesía apreciada por los sentidos; también por el entendimiento.

El poeta Sánchez Bautista, que escribió el prólogo de este libro, habla de la “concordia” de esta poesía. Así es en los dos libros, donde la palabra y la intención reciben y exponen el orden de la vida, dejando que las cosas sucedan. Algo que nos lleva a recordar, de algún modo, el mundo Sufí.

En su segundo libro, *Las fragancias de la memoria* ², el poeta nos habla de su vida, de su mundo afectivo y amoroso, y lo lleva a cabo desde esa relación que recorre lo natural y sensorial. Sus lugares son el mundo: Irán, Egipto, Siria, Túnez,

¹ Antonio Labaña, *El guerrero vencido*, Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, 2003.

² Antonio Labaña, *Las fragancias de la memoria*, Murcia, Real Academia Alfonso X el Sabio, 2006.

Estambul, y tantos otros, más cercanos, que el poeta ha sabido trascender con sus palabras, con el convencimiento (y esto es importante) de las limitaciones. Sabe que la vida es muy rica, y somos incapaces de recorrer los variados y múltiples matices, como leemos en el siguiente fragmento:

*No pretendas nunca
remontar los horizontes
ni surcar la inmensidad de los océanos
cabalgando sobre deslumbrantes,
pero siempre frágiles alas de mariposas.*

En esta advertencia reconocemos la humildad del poeta, del artista que es Labaña. El arte no puede recoger la intensidad de la vida.

Abre el libro *Las fragancias de la memoria*, con una hermosa elegía a la madre, donde se evoca la niñez junto a ella, y la ternura que ésta prodigaba. El poeta nos lleva a detenernos en sus experiencias, que son un poco las nuestras, porque, como decía Borges, un ser humano es todos los seres humanos. Me permito decir que, sobre todo, en sus manifestaciones más primigenias.

Más que apartados, en el libro se suceden varios movimientos, precedidos por títulos: “La fuente”, “Al olor de la hierbabuena”, “A la sombra del palmeral”, “Nueve gotas de rocío”, “Las espinas del rosál”, “Los tiernos brotes del sicómoro”, “El amarillo sol del crisantemo”, “Si en otoño no florecen las violetas”, “En el jardín de las cerezas de oro”.

Vamos a detenernos en “Nueve gotas de rocío”, un conjunto de poemas breves, a modo de apuntes para la contemplación o reflexión. Estos poemas giran en torno al amor y la naturaleza. Uno de ellos dice:

*Quizá sea el canto de los sueños
y tu latido
los que cada día
convierten mi vida
en un jardín de oro
en donde creces tú entre la ruda
y los trinos que te llaman.*

Es indudable que la atmósfera de estos versos, nos trae ecos del mundo oriental, acomodados al decir de nuestro poeta, cuyas palabras quedan levemente suspendidas en su contenido hermoso y sugerente. Esto ocurre, no sólo en estos poemas bre-

ves, sino en varios de este libro. Cito el poema XXIII, que así dice en sus versos del comienzo:

*Invadió el otoño el jardín
cuando los lirios azules
florecían en primavera*

Podríamos decir que Antonio Labaña canta la naturaleza en torno al amor y la pérdida. También canta la celebración de la vida, sus momentos de esplendor.

Es rico el lenguaje que recorre el libro, y las hermosas imágenes (“Se estremeció en el arca tu refajo/ buscó el corpiño tu corazón caliente,...” leemos en el poema XXX). Recoge el libro otra elegía digna de tener en cuenta (a Miguel). Esta elegía está dedicada a alguien que ha dejado este mundo:

*Saliste de nosotros, como grito
que alborota el cándido sosiego
de los blancos palomares*

El lector podrá advertir en la lectura total del poema que, junto al drama, está la esperanza final. Porque nuestro poeta cree en “el ángel de la vida”, como dice en otro de sus versos.

Añadiré, finalmente, que “el viaje” a través de *Las fragancias de la memoria*, ha merecido la pena. Los lectores podrán completar la lectura, y disfrutarla como la he disfrutado yo.